

MARCELINO KANAWIRI

Por Pastor Ordóñez

El doctor Pastor Ordóñez es un distinguido jurista y pedagogo que se ha significado por la independencia de su carácter y por la incondicional simpatía que manifestó siempre por toda labor de espíritu. Además de tratadista muy versado en etnografía peruana—es autor de una interesante tesis: "Las Warayoc", ensayo de un gobierno local—sabe conceder al arte la importancia social y educativa que le asigna sin rebosar todo hombre de cultura; él mismo es un brillante amateur y tiene cometidos algunos bocetos pictóricos que bien prueban los quilates de su talento.

El trabajo que insertamos es la interesante narración de un hecho real, acaecido en esta ciudad no más de diez años há. No es un cuento. El lo acentúa al concedernos la primicia de su publicación. El proceso que se siguió contra Kanawiri se ha declarado prescrito hace poco. El Dr. Ordóñez fué defensor de Kanawiri, y está compenetrado, por tanto, de los incidentes de este episodio indígena. Ordóñez logró la absolución de su defendido.

Estimamos que a este trabajo deben continuar otros de su índole, y que uno de los intelectuales titikaka llamado a ello es Ordóñez, que posee no pequeño arsenal de materiales para hacernos la revelación de ese mundo desconcertante del aborigen, donde se agitan ideas realmente asombrosas que no es del caso tipificar como simples resabios de la prehistoria, sino como la existencia de inquietudes que escapan al pantheísmo, animismo o naturismo porque pertenecen a una región superior de la inteligencia.

La muerte de Andrés Choke produjo gran sensación en el pueblo. No por la calidad del muerto, que era un infeliz indígena de la vice-parroquia de Ichu: un *ichochiri*, como les llaman con desprecio los demás indios aymaras, sino porque complicado en el homicidio se encontraba Marcelino Kanawiri, de gran renombre entre la numerosa plebe de placeras, carniceras y que- seras de la ciudad, debido a su fama de *Layka* (1) y *Kolliri* (2). Fama que le rodeaba de un ambiente de respeto y temor, hasta entre algunos decentes; esto es, de la clase social alta y distinguida.—Puno tiene su pequeña y vulgar aristocracia, formada por la agregación heterogénea de elementos venidos de todas partes, que poco se ven y reunen con los plebeyos del lugar; pero que son tan iliteratos como ellos, aventajándose en vestir bien y a la moda, banquetearse con frecuencia y bailar *tango*, *fox* y demás bailes importados, ignorando completamente el *waino*, la marinera y otros que son propios del lugar.

Entre estos también hizo efecto la muerte de Choke. Y no era para menos. Esa muerte estaba rodeada de misterio, circulaban a su alrededor cuentos caprichosos y consejas fantásticas que hacían poner los pelos de punta. Y muy justificados, desde luego, porque el homicidio se produjo en una de aquellas sesiones deprecatorias entre los formulismos rituales a que Kanawiri se entregaba para curar a sus enfermos.

Era joven, muy joven, tal vez, el interesante y digno Marcelino Kanawiri; emanaba todo su aspecto una simpatía natural y espontánea por su inteligencia vigorosa y sana, que había logrado imponerse a todos, sólo debido a sus grandes cualidades. Era el *Kolliri* de mayores prestigios de la marca. Sin educación alguna, la aureola de superioridad que le formaban las glebas ignorantes, se justificaba por su perspicacia instintiva.

Menudo de porte, cenceño, pálido, con esa palidez biliosa característica en los *ichos*, por que Marcelino era también *ichochiri*. De esos *ichos* que cultivan cebollas, lechugas y otras hortalizas; que pescan *bogas*, *humantos* y *karachis* (3) en las riberas del lago; que construyen balsas y fabrican *Kkesanas* (4) de totora y se roban unos a otros tierra para rellenar los pequeños andenes que forman sus huertos entre las rocas de rojas areniscas de *Silisili*, *Chimo* y *Ojerana* (5). De esos *ichomitimas* (6) de procedencia dudosa, transportados en época legendaria de alguno de los fértiles valles de la costa del Norte y que

apenas se adaptan hoy, con lentitud deses- perante, a las costumbres del país. Sus leyendas guardan el vaboroso y tenue recuerdo de la calurosa región de donde fueron transportados; sus creencias no se conforman con la viril tradición aymara, entre los que viven como extraños, conservando ancestrales costumbres, guardando esquivos la pureza de su raza.

Endógamos y hurafios, sin la agresividad valiente de sus vecinos los *chuquytus*, reciben tranquilos el menosprecio que les rodea. Dedicados siempre a su pequeño comercio y a su incipiente industria, concurren en las mañanas a mercar sus productos al poblado y en las tardes en desimnadas filas vuelven a sus chozas para cuidar las sementeras. Con el atado a la espalda recorren largas distancias y los domingos se les observa vendiendo en mercados muy lejanos las hortalizas que han llevado para el negocio.

do; o mejor, todavía, procurar su perdón mediante ofrendas y holocaustos. Sólo así se conseguiría la curación deseada. Tal la teoría terapéutica, lógica y sencilla del curandero.

Fórmulas mágicas, palabrerías simbólicas, actitudes hieráticas, cuidadosamente estudiadas y, sobre todo, presentes muchas ofrendas para satisfacer al *Azoguini* o atraer mayormente la voluntad de los espíritus de bien, para luchar con el malo, debían ponerse en práctica.

Extendida la *unkuña* (12) al suelo; puestos los instrumentos del ritual: unos *churos* (13) llenos de licor; esculturas diminutas de piedra de *Huamanga* representando ídolos extraños de dioses benignos, de los cuales raspando previamente se hizo beber en alcohol partículas pequeñas; puesta la coca y el dinero de los desagravios; hechas las cruces a los cuatro vientos, arrodillándose en cada vez e inclinando el dorso hasta tocar la frente al suelo; arrojadas las hojas agoreras en alto y vueltas a cojer; separadas las hojas *mallkus* (14) y colocadas en cruz; invocados los santos San Pedro y Jesucristo y puestos los dones para propiciar a los espíritus del aire, co-

medad del hijo. Su exaltación crecía con las horas que pasaban sin resultado favorable.

Y pasó la media noche. La mañana al boreaba y se anunciaba un nuevo día al clarín de los gallos que con cantos sucesivos despertaban la ciudad dormida. Y el espíritu maligno no había podido ser vencido.

Su destrucción era indispensable antes de que el Sol saltase, pues en caso contrario moriría indefectiblemente el niño.

En tan fatales circunstancias recordó Flores que guardaba un pequeño fusil, una de aquellos que se usa para la caza menor, con balas de nueve milímetros. ¿No sería conveniente disparar sobre el espíritu malvado, matarlo, y así salvar al enfermo?..... Tuvo la idea aprobación general. Muerto el espíritu del perverso *Azoguini*, terminarían los males.

Flores se encargó del disparo. Kanawiri le aconsejaba tirar alto porque los espíritus siempre vuelan, con mucho cuidado y en dirección de los ruidos. Así se ahuyentaría al maléfico, jamás volvería.

Cuando en la oscuridad se repitieron los ruidos, como algo que se mueve con cautela, como ser que se arrastra en avances de reptil, sonó el tiro.

Y después, un grito humano y fugaces estertores de agonía. Luego, silencio...

Kanawiri ordenó prender las luces. Andrés Choke no se movía. El certero proyectil le había perforado el frontal causándole muerte instantánea.

El proceso que siguió al hecho, no salió de la vulgaridad de los juicios, sino por amores del Juez para dictar a Kanawiri orden de detención definitiva, y el afán interesado del pueblo para hacerlo fugar.



Y fué en la noche; una noche puneña del mes de junio, mientras el viento glacial de las alturas soplaba con tanta fuerza y la ciudad silenciosa parecía abandonada, que se practicó el ritual simbólico para sanar al enfermo.

Dos espíritus buenos: del *Manto* y *Khancharani* (9), pugnaban por arrojarse al *Azoguini* (10) del cuerpo del niño. Este... éste, le causaba el mal que lentamente, con intermitencias de fiebre, le robaba la vida. Indispensable era ayudar a los primeros en la mítica lucha de los *aukis* (11) para que *Azoguini* huyera o fuese destruido al pueblo.

P O E M A S

Por Rubén Azócar

CALENDARIO

Cuatro flechas clavadas hacia el corazón del viento son las campanas de la iglesia entristecidas yo voy con mi hato de caminos con el rebenque con el que me azotaba mi padre y lo hago saltar volviendo al pueblo

LA NUEVA POESIA KESHWA

Lekechuqunas (*)

Por Inocencio Mamani

Kochapatapi lekechuqunas
yawar echara ñawintin
wakaspa maskkanqu chinqaska urpisitunta
Kayna ppunchay. qunan ppunchay. qqaya tuta
machananqumanta tapunaqunqo
musfaspá wañunata jina
puqa ñawisituntin komer schurunaqunaka
Lekechituy lekechituy imapajtaj machayqurkanki
chakisituykiqunapas tturo juntallañan qaskian
allinta kawaqny—chaymantataj
puquy puquy jina
qajniykita atipachiquaj
wajhacchaquspa kapariy
oji wallpita jina
chaupi tutaj sonkonta takisajnisaykipi
Sapa ppunchay
wakaskianki quqaj wallinqunapi
pacha suttiyaypaj machu pshqkitun
warmiykej wisanatapas mana yupaychaapa
ama ari yupata machaycho
ichaka yuraj qaquy
chaupi ppunchay keulla jina.

(*) Leke-leke, centinela, Vanellus resplans.

PERU

Los Lekechos

(Traducción)

Dicen que los lekechos a la orilla del lago,
con ojos inyectados de sangre,
buscan, llorando, su palomita ausente.
Desmayados, como si fueran a morir,
los picos verdes y los ojitos colorados,
se preguntan por la borrachera de ayer
y por la de mañana y la de hoy...
¡Lekechito! ¡Lekechito! ¿para qué te embo-
rrachaste?

Hasta tus patitas se llenaron de barro
Ah, pero ten cuidado; no sea que como el buho
pierdas la partida,
que por cantar al corazón de la noche
ahora grita como una gallineta.
Viejo pajarito del alba!
Todos los días
en los corales del valle
estás llorando
sin respetar el vientre de tu hembra...
No te alcines, pues,
y sé blanco como la gaviota al medio día!

Se sumergen las campiñas y los altos árboles al fondo de mi polvareda de vagabundo envejecido ambulante lluvia mojada de gris trémulo rociando el corazón desnudo de los pueblos. Solariega barca llena de canciones muertas anclada en medio de los cerros fugitivos

Desde todas las orillas de los cielos inmóviles vuelan innumerables bandadas de pájaros viajeros

Ceñida de albas lucientes te alzas a la orilla de mi soledad ah tu nombre de flor campana de nostalgia pintas tu vaga imagen color de cielo distante niña de anillos inconcluso sugetas la luna con caminos de de humo al fondo de tus ojos como profundas cisternas

Prisionera como una estrella palpita tu voz en la colina

Asustas la tristeza árbol de pájaros lluviosos y tú sonrías como la ola

Ahora dame la dulce flor que te prendo a la boca y tus senos son dodos alondras infinitas.

H I M N O

Hé ahí mis palabras molino vagabundo columpio de aguas azules espejo de otoños amarillos al otro lado del mar pliegan las velas del crepúsculo como una playa solitaria mi soledad está anocheciéndose